

(en el siglo XVI). Aunque dejando en el olvido el caso de Lope de Aguirre, el autor reitera a lo largo de su obra la expresión “desnaturarse” (págs. 85, 125, 236; “amenaza de una horda de ‘desnaturados’”, pág. 253). Expresión ambigua como el mismo Natal que evoca, el cual, quizá, está situado en un foco fuera del territorio, aunque sea un centro intenso de este mismo territorio, y no sea preciso salir de él —como ocurre en las grandes migraciones solares o magnéticas, o las de salmones— para alcanzarlo, este Natal, o al menos para sentir su bocanada de aire y polvo cósmico. Bolívar, en carta de 1828 al general Páez, retoma la cuestión, cuando escribe que “la corrupción de los pueblos americanos es contraída por la esclavitud a que han sido sometidos estos pueblos”, y que “sólo desnaturalizándose podrían desprenderse de los hábitos, costumbres y vicios de la tiranía”.

ideales revolucionarios de Thomas Jefferson en los Estados Unidos, entre otros, aunque el autor pasa por alto estas resonancias ocurridas sin duda en América. Méndez resbala al sugerir que el proceso de “conquista y colonización españolas en América no fue radicalmente distinto del que siguieron otras potencias colonialistas en distintas latitudes” (pág. 92). Sí que lo fue, radicalmente distinta, la empresa española, de la emprendida por los ingleses y por los franceses en Norteamérica, por su manera propiamente cabal de colonizar, de perseverar en su ser colectivo, sin mezclarse con los indios, a quienes exterminaban, o encerraban en guetos, al paso, y que no fueron mano de obra principal, como en el caso español con las encomiendas y mitas, salvo con los negros en el sur, lo cual dio lugar precisamente a la guerra de Secesión. Los españoles, incluso fundando ciuda-

dam por esta misma época, “la paz” es cosa ambigua y, a menudo, a sus mejores defensores se les da de comer la carne del cordero que bala, algo que ilustra bien la carta de Jerónimo Lebrón del 5 de junio de 1538 a la Real Audiencia de Santo Domingo: “Háseles hecho algún daño e les talar ciertos conucos y maizales que son su mantenimiento, y hanse salteado algunos indios de la sierra. Y pienso salir de aquí a 20 días a les talar ciertas labranzas que tienen en los llanos para ver si por este camino les podré atraer a la paz, porque de otra manera [...] es imposible sujetarlos”. Estas prácticas continúan hasta el sol del crepúsculo de hoy.

RODRIGO PÉREZ GIL

## Los caminos de la identidad y el mito prehispánico

**Por los caminos del piedemonte. Una historia de las comunicaciones entre los Andes Orientales y los Llanos. Siglos XVI a XIX**

*Carl Langebaek, Santiago Giraldo, Alejandro Bernal, Silvia Monroy, Andrés Barragán, con la colaboración de Jorge Morales*

Ediciones Uniandes, Bogotá, 2000, 141 págs., il.

En los últimos años, un nuevo tema de investigación ha aparecido en nuestro país. Los caminos y las vías de comunicación empiezan a ser objeto de los investigadores de lo social y de los de las ciencias y las técnicas. La historiografía colombiana todavía está en deuda con la comunidad académica, pues, a pesar de las tendencias de la historia social, la historia de las mentalidades, la historia de las ciencias y las técnicas, y de los once congresos realizados hasta hoy, no faltan los que siguen creyendo que la historia debe ocuparse sólo del clero, las lla-



En el capítulo sobre los “monarcas inconquistables”, Bioho y Bayano, el autor mejora su encomienda, a nuestro parecer: es grato de leer y provee buena información, por ejemplo respecto al nivel tecnológico de las regiones africanas de donde venían estos negros industrioses y altivos, que conocían la metalurgia del hierro y del bronce, la cría de ganado y las artes y oficios de la estancia de caña. El libro termina como empieza, mostrando que los altos tributos impuestos a la población fue el germen de las revueltas, la india precolombina y la de los comuneros en Santander (fe de errata con la fecha: dice 1871, debe decir 1781), al calor de los

des, trajeron consigo una política económica rapaz del territorio, que practican hoy todavía sus herederos, los distintos grupos en contienda territorial.

Esa tendencia a presentar la conquista como una sucesión de hechos “heroicos”, tonalidad predominante en este libro de Méndez, es contrastada por las palabras del cacique citadas por Friede en su libro sobre los andaquíes. El jefe indio le hizo saber a García de Lerma que “él no quería paz ninguna [la que éste le ofrecía], que le quemase los bohíos de aquellos pueblos que eran suyos, que tenía frío, que se quería calentar con ellos”, pues, como asevera Erasmo de Rotter-

madas elites y uno que otro proceso de gran aliento, como las instituciones administrativas, la esclavitud y las encomiendas. En la historiografía colombiana hacen falta estudios que precisen cuál fue el papel de las comunicaciones terrestres y marítimas en la economía del virreinato. El mito del atraso de la economía por falta de caminos parece ser más un obstáculo en la mente de los antropólogos y los historiadores que una tendencia real de la sociedad colonial. Con ello se aseguran de no alejarse de un campo bastante común y, además, se ahorran el trabajo que requiere mostrar por qué las autoridades coloniales recurrían al argumento del “atraso de sus provincias cuando se les pedían obras de comunicación”.

Una historiografía conservadora ha visto en el atraso de las comunicaciones los cimientos de la construcción del mito de la *pujanza* que tuvieron que tener los hombres de finales del siglo XVIII y la primera mitad del siglo XIX, para vencer las dificultades del relieve y abrir las fronteras agrícolas de las tierras apartadas. No se nos olvide que, al amparo del mito del atraso de la provincia de Antioquia, la historiografía de la colonización ha engrandecido la imagen de los antioqueños, mostrándolos hacía afuera como “una raza pujante y verraca que con una hacha, un rosario, un carriel y un poncho” se expandió hacia otras tierras.

caminos que unían al piedemonte con los llanos orientales. En la introducción anuncian que precisarán las técnicas constructivas, el contexto político, económico y social, y que describirán el sentido que le habían dado los habitantes de esta zona a los caminos. Para conseguir tal objetivo recurren al examen de varias fuentes manuscritas y bibliográficas, en las que muestran los nexos de las sociedades asentadas sobre la meseta del Nuevo Reino con aquellas que estaban sobre la llanura. Intercambios de sal por oro en polvo se hacían por estos caminos y formaban parte de algunas de las redes mercantiles que se tejían, y por las que comunicaban a estas dos sociedades.

El libro está armado por un estudio documental, uno arqueológico y otro de carácter etnográfico. Y va acompañado de una extensa bibliografía y un índice de mapas. Desde el comienzo, la lectura es sugestiva y prometedora, pero a medida que se avanza las ilusiones se desvanecen porque no existe correspondencia entre los prometedores objetivos y el desarrollo del tema. El estudio arqueológico consiste en una descripción amena que recrea, al estilo de un viajero, el recorrido del camino El Morro-Labranzagrande; explica con detalles los lugares que constituyen el trazado del camino y logra identificar la función económica entre estas dos regiones. Los autores se

“análisis” de la técnica, los autores no tratan el concepto del diseño de una manera concreta, pues la forma, las dimensiones, la composición técnica y estructural de camino, por citar sólo algunos componentes básicos, apenas están esbozados. En este capítulo, la investigación no consigue el objetivo propuesto, pues el capítulo carece de un análisis profundo que identifique las diferentes técnicas aplicadas en la construcción del camino, no construye una base de conceptos sobre datos analíticos reales y, por ello, simplemente, hace una exposición descriptiva de la aplicación de las normas coloniales. La técnica que identifican parece reflejar más la imaginación de lo que “debió ser” que el ejercicio minucioso para establecer la relación estructura-diseño-funcionalidad, con base en las evidencias y el análisis sobre las expresiones técnicas que sí pueden leerse en el camino. Entonces, el aporte en la composición de las técnicas constructivas del camino se queda en las expectativas que se crean cuando se lee la introducción, dejando en el lector la sensación de que el tema fue tratado con un nivel muy general.

Uno de los capítulos más acabados es, quizá, el del “Estudio etnográfico”. El libro de los caminos del piedemonte trae un sinnúmero de datos que ayudan a construir el mapa de las comunicaciones en Colombia. No obstante las diferencias que se puedan tener con los planteamientos expuestos en este texto, se nota un esfuerzo por documentar las relaciones sociales de los hombres y mujeres de los siglos XVI, XVII y XVIII; para ser sinceros, los datos sobre el siglo XIX son extremadamente parciales y controvertibles. Ello se evidencia en el uso de los conceptos. Hablan, indistintamente, de Nueva Granada en tiempos coloniales y republicanos, mientras que la documentación que citan se refiere al Nuevo Reino de Granada. Tal vez por carecer de una formación histórica sólida, incurren en anacronismos y no establecen qué es lo distinto en



En este libro, *Por los caminos del piedemonte*, Carl Langebaek, Santiago Giraldo, Alejandro Bernal, Silvia Monroy y Andrés Barragán se propusieron identificar la red de

proponen “hacer un aporte al conocimiento del sistema de su construcción”. Para lograr tal objetivo se requiere de una base analítica de las evidencias materiales. En el

la historia de las comunicaciones entre el periodo colonial y el republicano. Si bien algunos historiadores colombianos han establecido que entre el periodo colonial y el republicano se notan más continuidades que rupturas, es claro que, tratándose de las comunicaciones, se puede identificar una ruptura fundamental en cuanto a cómo la apertura de caminos dejó de ser una queja durante el siglo XIX, en una especie de "política de Estado". Contrario a la visión restringida que los autores muestran sobre los caminos y las vías de comunicación, considero que:



Historiar sobre los caminos es algo más que trazar su ruta, medir su anchura y localizar en un mapa su recorrido. Implica, además, detectar las formas de significación a lo largo de la historia y referenciar las huellas que dejaron en la mente de los hombres del pasado y de lo que les posibilitaron a los distintos grupos sociales que interactuaban sobre el territorio. Si el teléfono es una extensión de la voz, el camino es una prolongación de

la disposición técnica de los pies y de una manera particular de exteriorización de la memoria, una proyección del deseo, de los imaginarios, de los símbolos y de la civilización de la cultura. A través de los caminos se buscaban nuevas rutas para el comercio, la agricultura y las relaciones afectivas y familiares. Por los caminos, los fugitivos de la justicia y de la Inquisición, los bígamos y los inconformes con el proyecto de sedentarización de la colonia, buscan abrirse paso en las "sociedades fractales". Por ellos, no sólo circulaban ideas y bienes materiales, sino también otras manifestaciones menos tangibles al discurso histórico. Las epidemias, la peste, la pobreza y el rumor de las "novelerías" hacían su tránsito por los resbaladizos caminos en los que el ritmo de los días se medía con otras categorías distintas de las del tiempo que se mide a horas. Un plano del "camino de los tuberculosos" en el Medellín de la primera mitad del siglo XX, trazado paralelo a otro camino real, indica los significados de control epidémico con que fue construido.

Los caminos evidencian la herida que deja el hombre en el paisaje cuando busca nuevos horizontes. Ellos indican hacia dónde dirigió sus intereses sociales, económicos, políticos, territoriales y culturales. Su antigüedad es difícil de determinar, máxime cuando han sido intervenidos y modificados a través del tiempo. No obstante, todos los caminos esconden en sus entrañas una *trama polifónica* que no debe ser reducida a la construcción de la identidad de los pueblos, ni mucho menos a la visión reduccionista de los caminantes que, a la manera de los viajeros del siglo XIX, los ven como un medio estético. Hay que ir más allá. Por caminos, los aires del pasillo y las coplas republicanas recorrían la geografía de la patria para llegar a nuevas poblaciones en las que se quedaron para siempre. Así, por ejemplo, en el nordeste antioqueño, un etnógrafo con ojo adiestrado y oído educado podrá registrar en su diario de campo cómo una copla local de la fiesta

de *los diablitos*, en el Remedios de la segunda mitad del siglo XIX, llegó por los caminos desde las minas de Porce hasta las poblaciones de Zaragoza e Ituango.

*Dicen que yo soy el diablo.  
Yo no soy el diablo, no.  
Yo me confieso en Remedios,  
y oigo misa en Yolombó.*

La multisignificación puede apreciarse en las técnicas constructivas, la permanencia o desaparición de su ruta y en los pedazos discontinuos que se han conservado con vallados y canoas de desagüe. Los caminos pueden explicarse por medio de significados como el de 'tránsito, itinerario, guía, recorrido, ruta y desplazamiento'. Los caminos son a la formación territorial lo que las venas al cuerpo. Vistos a través de un mapa, ellos son las venas antrópicas de la tierra; en el siglo XIX se decía que eran las venas de la nación. Tal expresión se usó durante todo este siglo y las dos primeras décadas del siglo XX para significar que el atraso de la república tenía una relación directa con el mal estado de los caminos y las demás vías de comunicación. A diferencia de la historiografía tradicional, consideramos que esta afirmación está más cerca del imaginario burgués del progreso que de la realidad colonial o republicana.

En las fuentes manuscritas y en la cartografía histórica aparecen varias expresiones para nombrar los caminos: *camino viejo*, *camino real*, *trocha* y *servidumbre*. *Camino viejo* para referirse, bien a las rutas que se conservaban desde tiempos de la conquista, bien las que se abrieron en tiempos tempranos de la ocupación española y que los grupos indígenas utilizaban para comunicarse con sociedades vecinas; *camino real* para referirse a los que conducían a las ciudades y villas de Hispanoamérica. Sobre ellos, las autoridades coloniales establecían un control a través de puertas en las que se cobraba por la introducción, transporte y paso

de esclavos, mulas, mercancías y ganado. Aunque la legislación colonial no estableció *impuestos de pontazgo*, sí trató de hacer confluír los distintos caminos hacia los ríos y puertos más importantes del reino, o bien hacia los *puertos secos* en los que comerciantes de toda laya asistían para traficar con esclavos, telas y alimentos. Finalmente, la trocha y la servidumbre definían las comunicaciones que se tejían entre los *caminos reales* y los propietarios de las *estancias* vecinas. En sentido estricto, los *caminos reales* eran los que comunicaban a los centros de poder colonial con las zonas periféricas.



Finalmente, en el siglo XIX, los caminos fueron los medios más útiles para los agentes de la nueva legitimidad del Estado. Por tales caminos se desplazaron los ejércitos de la Independencia y las facciones rebeldes y leales de la guerra de los Supremos. Por ellos, se difundían las ideas y rumores de la guerra, pero también los mensajes, las cartas y las comunicaciones entre quienes habían partido a tierras lejanas y sus familias asentadas en los centros ur-

banos. Como *espacios para la circulación de ilusiones*, los caminos guardan en su estructura silenciosa los secretos de hombres y mujeres de todas las condiciones, desde los transeúntes, los comerciantes y los funcionarios públicos hasta los recuerdos de colonos para quienes el camino les abrió la posibilidad de una mejor vida.

¿Cuánto sudor de indios, esclavos, vagos, peones, presos y colonos se esconde en los muros simétricos y las lajas con las que los técnicos se deleitan? ¿Cuál es el interés de algunos investigadores por hacer coincidir la historia de los caminos con la de las sociedades indígenas? Con sus mitos y leyendas, en los caminos de hoy la mirada del viajero se posa para observar montículos de piedra y cruces de madera con inscripciones que todavía indican qué tanto peligro pudo correr el caminante en los peores tiempos de la violencia política de mediados del siglo XX. Los caminos son la prueba más reciente de la trama polifónica del pasado y la necesidad de integrar la *historia natural* y la *historia cultural* para construir nuevos temas de investigación y abrir el abanico de la explicación más allá de la historia del poder que sólo va tras el rastro de los indios y los blancos, de quienes se refugian en la supremacía de los datos para tejer los mitos de las sociedades venideras.

ORIAN JIMÉNEZ MENESES

### José Gorostiza y su *Declaración de Bogotá, 1948\**

El año 1948 no fue bueno para los colombianos. Luego del asesinato, el 9 de abril, del caudillo popular Jorge Eliécer Gaitán, el clima no parecía mejorar. Así lo corroboran los informes confidenciales que el embajador venezolano en Colombia, el lúcido ensayista Mariano Picón Salas, enviaba a su gobierno. En el fechado el 7

de junio de 1948 diría: "Nuevos síntomas de violencia y perturbación pública que si no encuentran un cauce legal pudieran conducir a una guerra civil, se advierten en la vida colombiana de estos días"<sup>1</sup>.

El volcán que había estallado seguía emitiendo sus rojizos resplandores, y el Bogotá que ardió por los cuatro costados almacenaba en su memoria imágenes dramáticas. Hombres de ruana con el machete en alto, mientras los tranvías eran volteados y ardían como gigantescas hogueras de duelo. Rostros lívidos de ira y almacenes saqueados sin misericordia. Apenas si un deforme cochecito para niño, con la rueda rota, quedaba abandonado en la puerta del almacén. Así me lo contó mi madre. Así lo registra Hernando Téllez en su crónica y en su posterior reelaboración literaria<sup>2</sup>.



Ernesto Volkening, el primero en hablar con la comprensión que merecían, años después, de los cuentos y novelas de Gabriel García Márquez, trabajaba entonces como traductor y contable en la fábrica de un alemán, compatriota suyo, que producía cal. Las grandes reservas no alcanzaron para blanquear